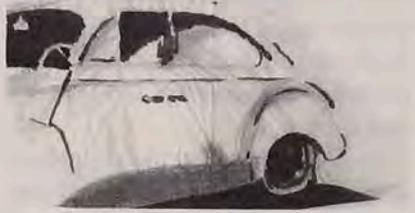


nales pero sin profundizar en la amplia bibliografía sobre la temática —muy nutrida, por lo demás—. A manera de ejemplo, sólo baste decir que no se trabajó el libro de Stanley Paine titulado *Historia del fascismo*, uno de los análisis más sistemáticos y recientes sobre este tema.



De la misma forma, resulta sintomático de la “profundidad” y “rigor” del libro comentado que, para ciertos temas, la bibliografía consultada se limite a simples artículos de prensa o, cuando mucho, de enciclopedias. Concretamente, es deplorable que, con respecto a la historia de las Internacionales obreras, el artículo de referencia sea uno del periódico *El Espectador* publicado el 24 de enero de 1982, desconociendo toda la vasta literatura existente al respecto, como, para dar sólo un ejemplo, *La historia general del socialismo* dirigida por Jacques Droz. De la misma forma, en una investigación seria no es recomendable que se cite como una fuente básica y permanente la *Nueva Historia de Colombia* de Editorial Planeta, que no pasa de ser una enciclopedia de divulgación. Entre otras cosas, estas limitaciones bibliográficas son un reflejo de la pobreza en el tratamiento de fuentes primarias para analizar el fascismo en Colombia, lo cual supone, como en toda reconstrucción histórica, un trabajo sistemático y riguroso de búsqueda y consulta de fuentes, algo, por supuesto, inexistente en este libro.

Por ello, es apenas comprensible que para el caso colombiano el autor se haya limitado a repetir los aspectos más o menos conocidos sobre los

Leopardos, Laureano Gómez, las relaciones de la Iglesia católica con la extrema derecha y las simpatías fascistas de importantes figuras del partido conservador (como Gilberto Alzate Avendaño y Silvio Villegas). En realidad, sobre cada uno de estos aspectos, en el libro reseñado no hay ni una contribución significativa, desde el punto de vista documental o analítico, que represente un avance en el estudio del fenómeno fascista en Colombia.

Un libro como el que acabamos de comentar es de tan mala calidad en todos los terrenos, que solamente puede servir como modelo, por la vía negativa, de cómo no se debe escribir y de cómo no se debe investigar, lo cual pone de manifiesto que la formación básica que proporcionan las universidades colombianas actuales (incluyendo las privadas de más alta alcurnia) es deplorable y que la mayor parte de sus egresados (en gran medida, los futuros gobernantes del país) son analfabetos tecnologizados y políglotos, pero analfabetos al fin y al cabo.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

God is my anchor

Saber, cultura y sociedad en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII
Renán Silva

La Carreta Editores, Medellín, 2004,
240 págs.

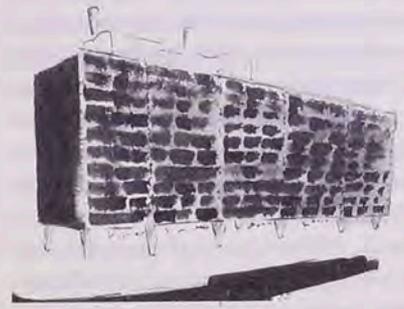
De entrada, hallamos algo peculiar en este libro: una Presentación donde el autor nos dice que los tres estudios de que se compone fueron originalmente escritos a principios de los años ochenta, y son revisados ahora, unos veinte años más tarde, corrigiendo numerosas erratas, mejorando la sintaxis complicada, acercándolos a un lector desprevenido. Silva, ahora, es lector crítico del texto, escrito por el entonces joven pro-

fesor acucioso y minucioso con los archivos, que encuentra algo para contar, y que no sabe y no se ocupa mucho sobre cómo expresarlo. Sentimos una breve tregua, leyendo esta prosa algo enrevesada y tortuosa, en la segunda parte, introduciendo dos personajes claves del texto, el sabio Mutis y el fiscal Moreno y Escandón, cuando Renán Silva se relaja un poco y ensaya a la literatura: “Serenamente, repitiendo casi los mismos gestos y movimientos, tal como lo había hecho un poco más de diez años atrás a su llegada a Santafé como médico oficial del Virrey, vuelve a la Capilla del Colegio y desde la cátedra inicia su exposición. Ahora, como en aquel día lejano de su arribo al ‘mundo nuevo’, lo hace de manera emocionada, pero tranquila” (pág. 139). Va a tratar las teorías heliocéntricas de Copérnico, *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, en el Colegio Mayor del Rosario, entre jóvenes curiosos y viejas cavernas. Silva declara desde el principio su afecto y admiración por Mutis, que yo comparto a plenitud, y trae las palabras de su discípulo José Ignacio de Pombo, en carta a Mutis: “Todo buen americano debe amar a vuesa merced, porque tal vez vuesa merced es el primer europeo que ama a América y a sus hijos” (pág. 108). Uno de los primeros españoles venidos a la Nueva Granada que han amado de veras esta tierra y a sus hijos, Mutis y los botánicos-dibujantes de la Expedición Botánica, tres siglos después del descubrimiento y la conquista. Y es que las noticias, y los afectos del corazón, siempre han llegado tarde a esta ensimismada y también fatal Nueva Granada; la primera Granada fatal, “¡Oh mi Granada!”, hizo explosión en Lorca, cuando los dueños del balón de esta villa a la sazón, 1936, lo dieron de baja en un amanecer aciago de agosto en Viznar, no lejos de Granada, “Denle café, mucho café”, dijo el fatuo general Gabrelliano que dio la orden, “A las cinco en sombras de la tarde”, cuando irrumpe el fascismo en España. Apenas hacia 1738 llega la imprenta a la Nueva Granada (pág. 50), demasiado tar-

de, y ahora los libros a las bibliotecas públicas, ¿demasiado tarde?, mientras que a Lima y México la imprenta llega hacia 1600, así como la primera universidad pública se funda en Lima en 1602 (pág. 207), y por la misma época en la ciudad de México, mientras en 1820 no se había fundado todavía una universidad pública en Nueva Granada. Véase en la segunda parte del texto de Silva, que trata de la reforma de estudios entre 1767 y 1790, cómo y por qué medios los dueños del balón, en los claustros y conventos y en el palacio de la Santafé anclada lejos del mar, ensimismada, lo impidieron a toda costa. Con la brega que da leerlo, el libro a la postre rinde sus frutos, y uno siente que valió la pena, por lo que revela, por ejemplo, sobre los protocolos de la “instrucción superior” y la mentalidad de las altas esferas en la colonia, reiterando la idea de Colmenares de que un *sistema social* es ante todo un *sistema mental*. Sin embargo, queda mucho por revisar, comenzando por las erratas, dos ejemplos: en la página 66, leemos *Audiere*, y debe decir *Audire*; en la pág. 185, aparece la divisa *Sapere Auden*, y debe decir *Sapere Aude*, Atrévete a Saber, Atrévete a Pensar, y también, Atrévete a Saborear, a gustar, por la afinidad entre la *savia* de la hoja y la *sabia* del cerebro y el corazón, entre el gusto por la hoja de la lechuga y el gusto por la hoja del cuaderno hecho del árbol de la vida, la cual resulta no ser un árbol sino raramente, y menos ahora con la deforestación ventida, el Plan de la Vida resulta ser más bien un rizoma, como un termitero, la *Rizoesfera*. Hay que rehacer sobre toda la sintaxis, hasta lograr soltar el ancla y fluir. Silva declara en el prelude: “El reto ha sido simplemente que [...] se escribe para comunicar” (pág. 17). Aun si parece paradójico, aun si es una verdadera paradoja, se trata de otra cosa, como bien lo sabía Virginia Woolf, a la que preguntaron qué opinaba de la escritura, y ella responde: “¿Quién habla de escribir?, al escritor [the writer] lo que le preocupa es otra cosa”. Es lo mismo con los primeros agentes de la tribu-

tación: en rigor, no les concierne *la comunicación*; y es que la escritura se inventó en los antiguos Imperios Despóticos para llevar cuentas en el cobro de los impuestos, lo cual es patente en la misión de curas y leguleyos en España y los que vinieron a América con el Requerimiento y con las sagradas escrituras, con la Biblia, en el ancho morral a la conquista. Preguntamos: a los indios, ¿les *comunicaron* el *Requerimiento*?, esta Conminación o Intimidación escrita por el abogado de la corona Palacios Rubio, que leían (*lectio*) los conquistadores con toda su boca y con toda su voz a los estupefactos indígenas que oían (*audire*) sin entender ni jota, en un ritual reproducido, cuando había ocasión, antes de ocupar una comarca, el mandado del rey que traían los bárbaros al mando del déspota imperial, *Rex dixit*, Que todas estas tierras de América fueron dadas por el jefe del linaje humano, Jesucristo, al papa, a Pedro, a la primera Piedra en el zapato, hasta llegar al papa de ahora, que se la dio al rey de España, toda esta tierra, salvo el Brasil por el atlántico que dio al rey de Portugal, y que por eso están ahí, ellos, los españoles, haciendo el mandado y viniendo a recoger lo que es de ellos, y que si no están de acuerdo con esto los indios, que se atengan a las consecuencias, porque “En nombre de Dios, os haremos todo el daño posible, a los rebeldes, a sus casas y a sus familias”, etc., etc., sigue el engendro del abogado de la corona en la cabeza de sus altezas y en boca de sus agentes en América: Quesada, Pedrarias, Belalcázar, Ursúa, Ojeda, Colón y su banda, escrito y leído a los indígenas antes de tomar una comarca. ¿Para comunicar? Oh no, sin duda para dar órdenes, verdadero aparato de captura en acción, la mordida, el gravamen impuesto de entrada a los indígenas estupefactos.

¿La escritura? Kafka: la urgente y punzante “imposibilidad de expresar y la imposibilidad de no expresar”. Los buenos filósofos son buenos escritores: Bergson y su *Evolución creadora* de 1907, por ejemplo, son sobre



todo estilistas, bañan su prosa en un mismo *élan* o impulso vital, y así fluye inquietante, esta prosa, despertando más de una sonrisa en el lector. La seriedad de Kant, en la que se apoya Silva, quizá se puede superar con las anécdotas que a propósito de él cuenta Thomas de Quincey, que usaba ligueros; Kant los tiraba de vez en cuando a distancia, iba por ellos, los volvía a tirar, para “mantenerse en forma”; éste era su *atletismo afectivo*, inventando la doctrina del juicio en la filosofía, la jaula en la que se mete y cierra al entrar, y si hace falta más para dejarlo, a Kant, que sea una buena dosis de Dostoievski, *Las memorias del subsuelo* no estarían nada mal, y así alivianar un poco la vida desandando de tanto lastre, en todo caso, soltar anclas y bogar en ríos chicos y en ríos cargados hacia un mar revuelto. Tal vez uno no “padece por la ausencia de una tradición kantiana (ilustrada) que ayude a poner el *juicio en suspenso*, acto fundador de toda posibilidad de lectura crítica [...] un ejercicio tan difícil para nosotros los profesores universitarios” (pág. 17). Del juicio, toca librarnos a toda costa, del lastre, del ancla, principiando y acabando con el juicio de Dios, verdadera ancla, *God is my anchor*, peso muerto para la existencia vital en esta época, cuya resaca es el geocentrismo y el egocentrismo, promovido por los curas de casi todos los pelambres, y las demás ideas rancias que ayer, véanse las dos primeras partes del texto de Silva, como hoy, sirven a los más nefastos poderes de exterminación, agenciados por corderos con garras. Véanse los *crea-*

cionistas en los Estados Unidos a la sazón, instigando para que sean suprimidos los temas de evolución en los colegios, que sean reemplazados por la idea del *diseño inteligente*: Dios lo hizo y nosotros, los hombres-blancos-adultos-habitantes-de-las-ciudades-del-Norte-y-sus-amados-discipulos-del-Sur, somos sus depositarios, "In God we trust", "God is my anchor", "Vivimos en el mejor de los mundos posibles, mi querido Cándido". Se trata del mismo asunto del Requerimiento o la Intimidación, aparato de captura en la conquista y la colonia, hoy igual que ayer, aunque han cambiado los *medios*, la máscara de la Medusa que petrifica con su mirada. Apréciense a los indios estupefactos ante estos rubios animales de presa, petrificados por su mirada de bronce, destilada en el fino alambique de una metafísica de verdugos, el cristianismo, con rasgos que se dibujan en este texto que reseña, y en las condiciones de vida social local a la sazón bajo su yugo.



Contiene tres partes el libro: en la primera, se describen ciertos protocolos de la instrucción en las *corporaciones del saber*, expresión con la cual Silva quiere hacer la distinción con las universidades posteriores, aunque, aquí y allá, sugiere que la instrucción actual es heredera de aquella, ¿lo que se hereda son las taras? La segunda parte del texto estudia la reforma de estudios promovida por Francisco Moreno y Escandón, el irónicamente llamado Protector de Indios, *El Indiano*, responsable de la reducción de los resguardos indígenas durante el

movimiento comunero. Entre 1767 y 1790, promueve una educación moderna en Santafé, dejando el lastre de tanta metafísica y superchería, en alianza con el arzobispo Caballero y Góngora cuando éste es virrey en la Nueva Granada, otro conspirador contra los comuneros, se refería a Galán como "ese hombre de oscurísimo nacimiento"; en una condición de *alianza móvil*, en la expresión de Silva y de John Phelan, *El pueblo y el rey*, dejando ver que las luchas por el poder no confrontan dos fuerzas unívocas, dos bloques petrificados: el Bien y el Mal, Blanco y Negro, sino que dan lugar a alianzas estratégicas y tácticas entre sectores por otra parte opuestos. Es un hecho que tanto Caballero y Góngora como Moreno y Escandón son chapetones, gachupines a ultranza, agentes de exterminio de indios y mulatos, y al mismo tiempo ilustradores, cercanos en este aspecto a Mutis, promueven juntos propuestas de reforma en la educación. Esta segunda parte del libro revela la "vocación documental" (pág. 17) del autor, y el encono del arzobispo Camacho, los agustinos, dominicos y franciscanos, y sus aliados en el gobierno, en los clubes y los salones sociales contra las teorías heliocéntricas de Copérnico, que Mutis trae hacia 1772 y expone en el Colegio del Rosario. ¡Que la Tierra esté quieta, la criatura de Dios en el centro y todos los astros alrededor! Increíble, cuando Colón llega a América en 1492, Copérnico tiene ya diecinueve años en Polonia, y la teoría heliocéntrica estaba cerca, hacia 1520, aunque su consolidación tardara todavía un poco en Europa, junto con la revisión de Kepler, que la Tierra no gira en círculos alrededor del Sol sino en elipses, y si el círculo tiene *un* centro como punto singular, la elipse tiene *dos* focos singulares; durando todavía un poco en Europa, la brega por dejar atrás la rancia, sosa, pesada y peligrosa idea de que la Tierra está quieta, verdadera Ancla, y es el centro del universo, la idea de Aristóteles, santo Tomás, Platón y demás descendientes modernos y posmodernos, la

Tierra quieta en el centro y, claro, el hombrecito en el montículo del centro de la Tierra: Mowgli, el reyecito de *El libro de la Selva* de Kipling, con su cetro en la mano dirigiendo la orquesta para mejor dominar el medio, animales, aguas, bosques, ahora hasta las moléculas. De Copérnico a Mutis han pasado unos doscientos cuarenta años, y todavía el sabio y artista es confrontado, acusado, perseguido y vilipendiado, desde un poder y con una mentalidad que comparten los dominicos y agustinos con otros muchos círculos religiosos, políticos y sociales en Santafé, Anclada, y que Mutis estima, esta mentalidad, en carta a un amigo en España, la más extravagante, aberrada, y peligrosa para un pensador; el sabio sintió cerca el poder nefasto y atroz de la Inquisición en los salones y corredores del claustro del Rosario, en los medios sociales y en la mera calle. El texto de Silva despierta estas reflexiones e ilustra este último aspecto con la anécdota del fraile agustino Tomás Solano, originario de Nueva Granada, que se presenta ante la inquisición madrileña: "Viene como fiel católico a descargar su conciencia y demostrar su espíritu de colaboración con las fuerzas encargadas de velar por la salud del cuerpo social, salud que como es sabido, requiere de cuando en cuando la amputación de los miembros enfermos. En suma, viene a delatar a alguien" (pág. 98). Viene a España de Nueva Granada y de Ámsterdam, adonde llegó por un accidente fortuito en el viaje, hace su delación, y cuenta además, a la pregunta de los inquisidores curiosos por saber de marranos (judíos conversos) en Ámsterdam, que un tal De Spinoza era buen filósofo y sabe que lo han expulsado de la comunidad judía por ateo, por decir que "el alma moría con el cuerpo ni había dios sino filosofalmente" (pág. 98). Humboldt en América: "Los hay que quieren que la Tierra permanezca inmóvil" (pág. 140). A esta cuestión, Silva quiere replicar con un punto de vista estratégico, libando de la colmena de Foucault y de la de Germán Colmenares, procura dar

lucos a la cuestión. ¿A qué fuerzas, a qué grupos de presión servía tal idea, tal concepción geocéntrica, promovida por los curas sectarios al mando de las *corporaciones del saber*, Santo Tomás, San Bartolomé, Colegio del Rosario y demás nichos de instrucción? Usando las herramientas que Foucault inventa, apegado a los archivos, minucioso, el autor teje a la postre una composición de lugar, mostrando las vicisitudes y los rasgos prevalecientes de esta *educación superior*, el terreno en el que se debatían los distintos poderes, los diversos intereses en juego. Hay que leer este ritual de procedimiento, en la primera parte del libro, esta técnica de control riguroso presente en “el modelo general de las formas de transmisión de los conocimientos en la sociedad colonial” (pág. 63), en las operaciones de *lectio*, *dictatio* y *disputatio*, (lectura, dictado y discusión) comunes ahora y propias de los claustros de aquesta época —¿no hemos salido de veras de la colonia? No parece, pues estamos aún mal bregando por aprender a convivir, a hacer una colonia—, claustros donde entrenaban a los blancos pobres y a algunos indios *lenguaraces* (bilingües), para ser predicadores doctrineros o leguleyos o poetas retóricos, protocolo que enlaza a un lector que lee un libro con un auditor que escribe en su “mamotreto” (pág. 72) (era el cuaderno de aquella época y todavía lo es de ésta) lo que oye de labios del lector. Oiga-vea-cómo los alumnos tenían que aprender latín, silogismos y retórica de Aristóteles y santo Tomás para disputar en *sabatinas*, en reuniones donde las damas y caballeros asistentes aplaudían sin entender ni jota; no eran para *comunicar*, las *sabatinas*, como no lo era el Requerimiento, leído en español a los indios sin entender ni jota.

La última parte del libro, breve, donde se relaciona la educación con la economía, se restringe al estudio de ciertas maneras de sufragar la educación, de dónde salía la plata para pagar su gestión (un dicho común en la rancia España era “más pobre que un maestro”). Curiosos,

algunos de estos medios para sufragar la instrucción, y que ocurrían a menudo: donaciones testamentarias: dejar mucho dinero a condición de que recen por la salvación del alma del difunto. El cura Pedro Esteban Rangel, por ejemplo, quien, en 1628, nombró, antes de morir, “por universal heredera a su alma” (pág. 219), dando poder a sus albaceas para que dispusieran de su patrimonio en “cosas del bien de mi alma en la mejor forma que les pareciere”, de lo cual resultó la fundación del colegio jesuita en Pamplona.



Silva, lector de su propio texto, tiene buena conciencia del ancla que arrastra su prosa, “los escollos de un uso del castellano que no ha sido completamente ajeno a la presente versión, y que me permito desaconsejar” (Presentación, pág. 17). Un botón de muestra: quiere hacer plausible el uso de la noción *corporaciones del saber*, en lugar de universidad, para designar la entidad asiento de los “estudios superiores”, y escribe: “En particular me parece que el enfoque en tanto ‘corporaciones del saber’ facilita dar cuenta de manera mucho más adecuada del tipo de pertenencia que determinaba para sus miembros, lo mismo que de las condiciones de existencia institucional del discurso” (pág. 23). Concluye su abre bocas crítico, la Presentación, asegurando que “la escritura, y la investigación, no son una forma de distinción social. Apenas un alto testimonio de humanidad”. La ambigüedad queda resonando en el aire, de manera un tanto inquietante, tras esta afirmación. ¿Poner de testigo a la *humanidad*, hoy en día,

a poco no es casi temerario asunto? Véase el libro *Trilogía de Auschwitz* (2005) de Primo Levi, y que encabeza el texto sobrecogedor, *Si esto es un hombre*: uno deja el juicio en suspenso, o mejor, uno lucha por liberarse de todo juicio, y de toda vergüenza, lucha por transmutar en otra cosa, en un sentimiento de dignidad, el odio por los campos de concentración y sus agentes, a los que sobrevivió para contarlos Primo Levi, y uno prefiere pensar, con Foucault, que el *hombre* no es una sustancia sino una forma mudable, y hasta dónde puede caer, hasta dónde puede llegar, eso está por verse, ahora que el silicio está reemplazando al carbono, hasta dónde puede mutar, Homo, Humus, impredecible Proteo, el cual no anima las metáforas sino las metamorfosis. Por lo pronto, uno dice con Groucho Marx: “Discúlpenme que los llame caballeros, pero es que no los conozco muy bien”. Hay que pensar, con Rousseau, que los hombres no somos malos por naturaleza, como nos inclinaría a hacer pensar nuestra vanidad, sino que la sociedad nos pone, a los hombres, en condiciones en las cuales nos interesa ser malignos, de manera que nos volvemos malos sin saberlo, sin darnos cuenta siquiera, lo cual resulta aún más inquietante que la otra idea primera, la de un mal en el origen, Caín que mata a Abel, el primer tigre que mata a un gamo, en la fábula de Kipling, y cuyas rayas serían el *estigma de Caín*, la señal de que es un asesino, el tigre, imagen que mana de esta misma fuente del Génesis y del protestantismo. Pero también resulta esperanzadora esta idea de que el hombre no es una sustancia hecha así y así por naturaleza sino que es una forma, dúctil, plástica, en flujo, que se mueve junto con la Tierra, que no es el centro de esta Tierra ni del universo, y que hay chance entonces de llegar a una forma, a un complejo o compuesto digno de encarnar sin vergüenza, contando ahora con las fuerzas combinadas de un Cosmos energético, ¿después de cuántas catástrofes?, a sabiendas de que el segundo origen no viene a causa de la catástrofe que sucede al pri-

mero, el diluvio, sino que la catástrofe estaba ya como replegada en este primer origen, y sobreviene para dar lugar a un segundo origen, ya distinto del primero. Y si el primer origen se servía de la pareja, Adán y Eva, en el segundo nacimiento al principio está el huevo, y el huevo se desarrolla sin fertilización, en una partenogénesis, sin concurso del padre, en una suerte de maternidad mitológica como en las islas sagradas de Circe y Calipso habitadas por mujeres, ahora cuando los mitos, que se han olvidado hacia atrás, y por caso de extremo peligro, se reactivan hacia delante, capaces tal vez de ser fuente de un nuevo *real*, ya no del rey sino de los niños y las niñas de cada día por venir, nuevo real del Planeta también, que tal vez es niña.

RODRIGO PÉREZ GIL

Serio aporte a la historiografía colombiana

Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990

Mauricio Archila Neira

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Centro de Investigación y Educación Popular, Bogotá, 2003, 508 págs., il.

En *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, el historiador Mauricio Archila Neira presenta una investigación extensa y bien documentada sobre el desarrollo de los movimientos y protestas sociales en nuestro país a lo largo de los últimos cincuenta años, destacando su papel dentro del devenir social colombiano. Mauricio Archila Neira, investigador del Cinep (Centro de Investigación y Educación Popular), fue galardonado por esta investigación con el premio nacional de la Fundación

Alejandro Ángel Escobar, en la categoría de ciencias sociales y humanas —año 2004—, reconocimiento que desde 1955 se otorga a los investigadores y científicos para incentivar su labor, cuando realizan aportes significativos al progreso de la ciencia y del conocimiento en nuestro país. Durante este medio siglo, esta fundación ha premiado a más de trescientos investigadores, entregándoles una tradicional medalla de plata y una suma de dinero.

Según informa el autor en la introducción de su libro, este trabajo también le permitió el reconocimiento para acceder al honorífico cargo de profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. O sea que quienes aspiren a una cátedra similar tienen aquí una muestra de la calidad del trabajo investigativo que deben presentar como aporte al conocimiento, si aspiran a ser profesores titulares de la Universidad Nacional, donde los nombramientos a dedo se acabaron hace rato. En los círculos académicos de historia y sociología se sabe que desde hace unos dos decenios los conflictos sociales en Colombia y América Latina han sido constante tema de estudio por parte del profesor Archila Neira, tarea de investigación y análisis en la cual ha contado siempre con el apoyo y acompañamiento de un grupo de estudiosos del Cinep. El libro que se reseña es precisamente resultado de unos veinte años dedicados a la revisión de prensa entre el 1.º de enero de 1958 y el 31 de diciembre de 1990 —marco temporal del trabajo—, tarea que permitió consolidar una base de datos sobre conflictos y movimientos sociales que puede utilizarse para reconstruir sociopolíticamente la historia de Colombia y para entender la problemática que enfrentamos y las soluciones que nos permitan alcanzar niveles más altos de desarrollo y progreso. Para el beneficio de todos, sin exclusiones. Para esta investigación no sólo se acudió a la prensa como fuente de información; también se consultaron las bases de datos del Cinep y de las bibliotecas Nacional y Luis Ángel Arango. Todo

el material recopilado, organizado por fechas, por actores sociales y por los motivos que causan las protestas, fue sistematizado dentro del marco del proyecto “Veinticinco años de luchas sociales en Colombia” que contó con el apoyo de Colciencias. Así mismo, se registraron como fuentes más de veinte entrevistas, testimonios orales que, por su valor para la comprensión del tema, fueron incluidas como tales. Todo el material puede consultarse en las sedes del Cinep y en el departamento de historia de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá.



Este trabajo es útil para entender el proceso histórico en Colombia durante la segunda mitad del siglo XX y el papel desempeñado por la clase obrera en el mismo periodo. Sobre la protesta social afirma el autor que hasta los años ochenta las demandas sociales giraron fundamentalmente en torno a peticiones materiales referidas a los derechos laborales, como el monto y composición de los salarios y prestaciones, la dotación y buena prestación de servicios públicos domiciliarios y, en el campo, los pobladores campesinos e indígenas demandaban lo mismo y la adjudicación de tierras. A partir de los años ochenta las peticiones tienen un contenido referido a derechos más abstractos y políticos —no tanto materiales—, sobre todo a los derechos humanos, tema que ha marcado la protesta social en Colombia hasta hoy. Para constatar las tendencias históricas señaladas, el lector encontrará una descripción cronológica de los movimientos de